

Blind scapes / Paisajes ciegos

Antonie van Leeuwenhoek was born and lived in Holland in the 17th century. He left school early and was employed as a porter at Delft town hall. Yet, Leeuwenhoek spent his free time polishing and grinding small lens. This hobby became so absorbing that over time he improved his tools and managed to grind small lens that could amplify the object 300 times. He did not invent the microscope, as that instrument had been invented decades earlier by Galileo Galilei as some believe, while others accredit the invention to Zacharias Jansen. Even though he had no formal scientific knowledge and was only guided by curiosity, Antoine was the first to observe things that had never been previously seen: for example, globules of our blood or the sperm of some species, along with the protozoan and bacteria that live in the water. In short, by taking and improving optical technology of that time, he was the first to discover the microbiological landscape that had been previously unknown.

Antonie van Leeuwenhoek nació y vivió en Holanda en el s. XVII. No cursó estudios superiores y trabajó de portero en el Ayuntamiento de la ciudad de Delft. Pero en sus horas libres Leeuwenhoek adquirió una afición especial a pulir y trabajar pequeñas lentes. Era tan intenso el vínculo con aquel pasatiempo que, con el paso del tiempo y corrigiendo errores, mejoró sus herramientas y consiguió que los pequeños cristales elaborados por él ampliasen hasta 300 veces los objetos. No inventó el microscopio, ya que aquel instrumento fue inventado unas décadas antes por Galileo Galilei según algunas opiniones, y por Zacharias Jansen según otras. Antonie, carente de todo conocimiento científico y guiado solamente por la curiosidad, fue el primero en observar cosas nunca vistas: por ejemplo, los glóbulos de nuestra sangre o los espermatozoides de algunas especies, así como los protozoos y bacterias que viven en el agua. En definitiva, tomando y mejorando la tecnología óptica ya existente, descubrió por primera vez el paisaje microbiológico que hasta entonces había sido algo desconocido para el ser humano.

We define landscape as the expanse of land or space that can be seen from a given spot. If this definition is taken in its literal sense, any acceptance and definition of landscape is inexorably based on the subject that observes and the object that is observed. There is no landscape without those two elements, even if the space remains. Therefore, it is reasonable to say that the landscape is a cultural construct, as in the last instance it is a more subjective way of depicting our environment. Thus, we would not be on the wrong track if we said that the technologies used to analyse our environment over the last 200 years have blurred the always sketchy boundary between reality and representation. This gives landscape a veracity –credibility– that is not justified and it sometimes provides incessant exercises to idealise our vital space. Many of these exercises have irreparably conditioned the very idea of landscape and we have also often converted them into essential tools to understand our environment.

In the same way that Leeuwenhoek can be said to have invented microbiology with his lens, we can also claim to have invented and improved the concept of soundscape, thanks to the opportunities that microphony offers to analyse and understand the sounds that make up our environment more precisely. And that is just one example, as similar conclusions can be reached about all the appliances that we carry around with us.

Nonetheless, now we have begun to use concepts such as interactive, virtual or augmented reality as a result of the digital technologies, we find it hard to determine what is and what may be the landscape, as we are still not able to imagine how many new landscapes those inventions will open up for us. In other words, we still cannot work how many listening place and panoramas will ensue. Yet before we become obsessed with a staunch defence of technology, it is essential to analyse the relationship that we create with technology, particularly with the appliances that we accept and use to understand our

Definimos el paisaje como la extensión de tierra o espacio que se aprecia desde un lugar dado. Tomando esta definición en sentido literal, toda acepción y definición de paisaje se basa inexorablemente en el sujeto que observa y el objeto que es observado. Sin esos dos elementos, pese a que el espacio permanece, no hay paisaje. Por tanto, es lícito decir que el paisaje es un constructo cultural, porque en última instancia es una manera subjetiva más de representar nuestro entorno. En ese sentido, no andaremos descaminados si decimos que durante los últimos 200 años las tecnologías que empleamos para analizar nuestro entorno han difuminado la frontera, ya vaga de por sí, existente entre realidad y representación, por una parte dando al paisaje una veracidad –credibilidad– que no le corresponde, y otras veces proponiendo ejercicios incesantes para idealizar nuestro espacio vital. Muchos de esos ejercicios han condicionado de forma irremediable la propia idea de paisaje; más aún, a menudo los hemos convertido en herramientas indispensables para comprender nuestro entorno.

Así como podemos decir que Leeuwenhoek inventó con sus lentes la microbiología, podemos decir que, gracias a las posibilidades que nos ofrece la microfónica para analizar y comprender de modo más preciso los sonidos que componen nuestro entorno, hemos ido inventando y mejorando el concepto de paisaje sonoro. Y eso no es más que un ejemplo, ya que podemos encontrar similares analogías en todos los aparatos que llevamos en el bolsillo.

No obstante, cuando como consecuencia de las tecnologías digitales hemos empezado a utilizar conceptos como realidad aumentada, virtual o interactiva, nos cuesta determinar qué es y qué puede ser el paisaje, porque aún no somos capaces de imaginar cuántos paisajes nuevos van a permitirnos conocer todos esos inventos, es decir, de pensar cuántos panoramas y lugares de escucha nuevos van a traernos. Pero antes de obcecarnos con una apología candorosa de la tecnología, se nos presenta como ejercicio indispensable analizar la relación

environment. In his article in this issue, José Luis de Vicente thus suggests that maintaining the collective capacity to improvise with technology can become a fundamental struggle. Or rather, he accepts the pre-designed representations in the leap of space to the landscape, yet vindicates the capacity to play with the technology, by putting on one side the disagreements that arises between these two uses and thus looking for new authentic landscapes. This is precisely what Leeuwenhoeck did several centuries ago.

The texts and sounds that you will find on the following pages focus on the landscape and perspective starting from varied and contrasting experiences, whether from fiction, personal diaries, the vantage points that history or philosophy offer, or from listening at the boundaries to which our sense of sound does not reach. In short, they show a series of blind landscapes, along with the rigid depiction of the official landscape.

que creamos con la tecnología, de manera especial con los aparatos que aceptamos y utilizamos para comprender nuestro entorno. En ese sentido, José Luis de Vicente, en el artículo del ejemplar que tienes en las manos, sugiere que mantener la capacidad colectiva de improvisar con la tecnología puede convertirse en una pelea fundamental. O sea, acepta las representaciones prediseñadas en ese salto del espacio al paisaje, pero reivindica la capacidad de jugar con la tecnología, poniendo de nuestro lado los desacuerdos que surgen entre esos dos usos y buscando así nuevos paisajes auténticos. Precisamente lo que hizo Leeuwenhoeck hace varios siglos.

Los textos y sonidos que vas a encontrar en las siguientes páginas hablan del paisaje y de la perspectiva partiendo de experiencias variadas y contrapuestas, sean de la ficción, de diarios personales, de las atalayas que ofrecen la historia o la filosofía, o de los oídos puestos en las fronteras a las que no llega nuestro sentido del oído. En suma, junto a la rígida representación del paisaje oficial, hablan de una serie de paisajes ciegos.